

ENTREVISTA AL HUMORISTA PEPE POTA

Pepe Pota es el nombre artístico de José Martínez. Colabora en diferentes revistas satíricas como “La perdiz”, “El gato tuerto” y “Ca-cá”. También ha escrito varios libros de humor como “Todos la tenemos pequeña”, “No llores, tonta” y “La generala Pascuala”.

P.G. ¿Cómo se puede definir el humor?

P.P. De ninguna manera. El humor no es lógico, racional. Si cupiera o cupiese dentro de una definición (¿ha observado mi dominio del subjuntivo?) ya no sería humor. Nada hay más aburrido que el libro de Bergson “La risa”. Tal vez haya hecho reflexionar a muchos, pero no creo que haya hecho soltar una carcajada a nadie. Tampoco esto que digo hará gracia. Es como hacerle a un humorista que se mire el ombligo, lo cual es mucho más divertido. Y añado en esta frase la rima de un pareado gratuitamente.

P.P. Por tanto, si no es racional, la risa es irreflexiva. Y, naturalmente, es espontánea, no es una verdadera risa si ésta forzada.

P.P. Sí, la risa es espontánea, pero también puede ser convencional, social, aprendemos a reír. Si un hombre pisa una peladura de plátano y cae en la calle, ¿qué hacemos? Pues corremos para saber si precisa ayuda. En el cine nos hace reír, sabemos que es una película cómica y que debemos reír, pero ¿por qué nos hace reír una caída ajena?

P.G. Usted dice que también existe una risa social, colectiva. ¿Es por eso que se contagia como una epidemia de humor?

P.P. A veces la colectividad de la risa cae en el bolchevismo, la dictadura de la alegría. Hablo de esas risas enlatadas que vienen a decirle al espectador: "Ahora ríase". La risa social es otra cosa, nace de ese mismo carácter social del hombre. La risa es contagiosa, pero también el llanto. A pesar de lo que dice quien yo sé y usted debería saber, el hombre no es un lobo para el hombre. Sentimos empatía hacia nuestros semejantes. De hecho algunos hombres cornudos se apiadan cuando se mata al toro en la plaza.

P.G. ¿Se puede morir de risa?

PP. Yo nunca lo he intentado ni conozco a nadie que lo haya hecho. En la vida no se puede reír siempre como Demócrito ni estar llorando continuamente como Heráclito. ¿Que nuestro equipo mete un gol? Saltamos de alegría. ¿Que empata el contrario? Nos mordemos las uñas. Como diría un físico, "la risa ni se crea ni se destruye, solamente se transforma". Cuando perdemos la billetera alguien se alegra de nuestra tristeza. Hay una constante fija de humor en el universo.

P.G. ¿Y también de malas pulgas? ¿Qué domina más en el mundo: el buen humor o el mal genio?

P.P. La enfermedad se define como lo “no firme”. O sea, como el negativo del positivo. De ese modo la alegría es la “no tristeza”, el estado sano y normal del hombre.

P.G. Sin embargo, los hombres al envejecer caminan hacia la muerte y no tienen una perspectiva demasiado risueña.

PP. Dios o la naturaleza son sabias. Piense usted que a medida que somos ancianos aumenta nuestro vigor, nuestros deseos, nuestra gana de vivir. David, en lugar de darse la vuelta rechazando a la sunamita que le meten en la cama, se da la otra vuelta para aceptarla. Un anciano que cobra más vida con los años ¿no sentirá de un modo más hondo la muerte? “Ahora que estaba tan a gustito”. ¡Aguafiestas! Y como los niños que no quieren irse a la cama diría: “porfa, cinco minutos más”.

P.G. Hablando de la muerte nos hemos puesto muy serios.

PP. También hay un humor negro. ¿Se acuerda de Chumy Chúmez? Una forma de exorcizar la muerte es burlarnos de ella. “Tú me matas, pero yo me cago en tus muertos”. La risa implica siempre superioridad. Nada es más punzante que ser ridiculizado. Un niño que se ríe del maestro es un subversivo que merece un coscorrón para restablecer el orden del universo.

P.G. Una fuente de humor habitual es jugar con las palabras, con sus sonidos y con sus sentidos. Ya lo hemos visto en Chumy Chúmez. Usted mismo ha adoptado el nombre artístico de Pepe Pota.

P.P. Ciertamente, José Martínez no era muy apropiado. Pota es un apellido que sugiere un sustantivo que no es “tirar la pota”. He hablado de humor negro. Un juego de palabras me llevaría a

“humo blanco”, la fumata que señala la elección de un nuevo Papa. Después de todo la Iglesia sabe mucho de escatología, de estirar la pata.

P.G. ¿Tiene la Iglesia buen humor?

PP. Debería tenerlo, las buenas nuevas son nuevas buenas. Nadie llora con las malas noticias. En toda la Biblia solamente hay una persona que se ríe, Sara cuando se le anuncia que será madre a los ochenta años, cuando el reloj de la mujer ya se ha parado hace otros cuarenta. Y encanada dice aquello de “¿tendré yo todavía ese placer?” El texto no aclara si se refiere a la maternidad o bien a no se sabe qué picardía.

P.G.- Dejemos a la Iglesia a un lado. Usted no ha hecho nunca humor político.

PP. No me imagino haciendo chistes sobre las tres ces: Castelar, Cánovas y Canalejas. Nuestros políticos desembocarán en el mar “que es el morir” y yo, modestia aparte, “a más alta vida espero, que muero porque no muero”.

PG. “No se muera usted, mi amo” que diría Sancho Panza. Al menos hasta que concluya esta entrevista. Y aprovechando que el Tajo pasa por Toledo, me parece que un humorista tiene siempre el dilema de ser hidalgo o escudero.

PP. ¿Podría explicarme su idea?

PG. Creo que los hidalgos, con sus dedos largos y estrechos, solamente se contentan con la sal fina de los chistes mientras que los rústicos con sus dedos tocones, como ramas cortadas, se

regocijan con los chascarrillos de sal gruesa.

PP. Yo no lo hubiese dicho mejor y, si quiere, podemos intercambiar los puestos: usted responde y yo pregunto.

PG. Me quedo en mi lugar.

PP. Ya sabe lo que se dice de las entrevistas: es aquel género en el que uno trabaja y otro cobra. Claro, esto es una humorada que oculta la humareda de la envidia.

PG. Bien, no miremos hacia atrás para no convertirnos en estatuas de sal como la mujer de Lot. Hemos visto que existen diferentes tipos de humor según la materia tratada y también los distintos públicos. ¿Pero hay una jerarquía, una graduación del humor como función biológica?

PP. Yo no soy fisiólogo, pero algún mecanismo corporal existirá para que se estiren las comisuras de los labios como tensadas por minúsculos geniecillos o bien soltemos una carcajada igual que si nos hubiésemos atragantado al comer una miga de pan. También los cuescos (palabra que ruego se acuda al diccionario) nos cambian la cara.

P.G. ¿Y podría decirme cuáles serían los distintos grados del humor?

PP. La psicología humana establece tres clases de hombres según el humor: unos sonríen, otros ríen y, los últimos, carcajean. Evidentemente hablamos de tendencias generales.

P.G. ¿Podría extenderse algo más?

PP. La sonrisa, a veces media sonrisa o por lo “bajinis”, es la primera instancia del humor. Ella estrangula la risa, frena el paso a las siguientes o las franquea si la causa externa la desborda. Es adecuada para personas que saben contenerse, dadas a la ironía y el escepticismo. Y como éstos son propios a menudo de personas inteligentes, la sonrisa puede ir asociada a la inteligencia. Como sonreír es reír sin sonido, puede parecer muestra de reticencia, enigmática, una sonrisa etrusca o giocondina. La risa sería el estado normal del humor y la carcajada su paroxismo, el grado superlativo. La risa estentórea es señal de campechanía y optimismo. Aquellas personas habituadas a llevar una máscara por su papel social, a mostrarse serios en numerosas circunstancias, pueden carcajear en “petit comité”, en privado, en compañía de amigos con los cuales puede “liberarse” de etiquetas.

P:G. Usted habla de que la carcajada puede ser una liberación del corsé social. ¿Tiene un valor terapéutico?

P.P. Evidentemente el humor es un relajante de las tensiones, muchas veces más efectivo que las medicaciones. El humorista profesional es un médico que cura la tristeza. La sociedad precisa del chiste, los vídeos divertidos que se transmiten por los móviles son una cadena de la risa, lo que antes se transmitía de forma anónima de boca a oreja y de oreja a boca. “Sabían aquel que diu...”.

P.G. Una de las características de muchos chistes es una cierta xenofobia “suave”. ¿No es así?

P.P. Siempre ha existido la tendencia a culpar al extranjero de los males. Pensemos en el “mal francés” para hablar de la sífilis o de la “gripe española”. En el humor sucede lo mismo: “iban un alemán, un inglés y un español...”. Por supuesto, el que lleva la

mejor parte es el de casa.

P.G. Se me ocurre que el humor no solamente es una expresión cómica de patriotismo sino también “el tarro de las esencias”, para decirlo de un modo popular.

P.P. Cada país tiene un humor propio, un humor nacional. A veces nos sorprende que en algunos lugares se rían de aquello que a nosotros no nos hace gracia. Claro que existe una risa universal, así la que hace alusión a los órganos genitales que, al menos por el momento, van a durar bastante.

P.G. ¿Por qué suele hablarse de un “humor inglés” en vez de un “humor “ francés?

P.P. Tal vez sea porque los ingleses siempre se han considerado un continente opuesto a una isla Euro-africano-asiática. En cualquier caso, el humor depende no solamente del llamado carácter nacional sino también de la lengua nacional, de su estructura particular.

P. G. Sin duda la polisemia de las palabras y la ambigüedad que favorece los errores, la equivocación en la interpretación, son una buena mina para explotar la risa. Una maquina de traducir no comprende las dobles intenciones, no sabe reír y por eso nos hace reír a nosotros muchas de sus traducciones.

P.P. De un extranjero que se ríe con el chiste de otro país puede afirmarse que domina ya su idioma. El humor es el doctorado del idioma.

P.G. Hasta aquí solamente hemos hablado del humor expresado con el lenguaje. Pero también existe un humor gráfico, sin sostenerse sobre el pie de la escritura.

P.P. Tiene razón. No solamente de verbos ríe el hombre. Si yo supiese dibujar – la gracia que no quiso darme el cielo, como dijo Cervantes de la poesía – haría el siguiente chiste gráfico: en el centro de la imagen Jesús, sin la cruz, pero con los brazos abiertos en forma de cruz tal cual se ve en el patriota del cuadro de Goya sobre los fusilamientos de la Moncloa. Enfrente como si fuera el batallón de fusilamiento, unos cofrades con cámaras de foto disparando sus “flashes” o relámpago sobre el nazareno, el fusilado. Claramente se alude a la trivilización de la semana santa, convertida en un acto turístico. Esto sería una forma de humor amargo, pero también el humor endulza la amargura.

P.G. La historia nos puede suministrar material de risa, ¿pero la naturaleza?

P.P. En un lugar del libro de Bergson, de cuya página no puedo acordarme porque no lo he leído, dice que la naturaleza nunca es cómica. Un paisaje es bello, hermoso, pero no nos da risa. Yo, que no tengo un Nobel, discrepo. Si usted ve una roca que por la casualidad de la erosión se viene a parecer a su suegra, ¿no se le desencajará la mandíbula?

P.G. Bien, creo que podemos dar aquí por terminada nuestra entrevista. Muchas gracias.

P.P. Las que usted tiene.

Pablo Galindo Arlés
30 de julio de 2019